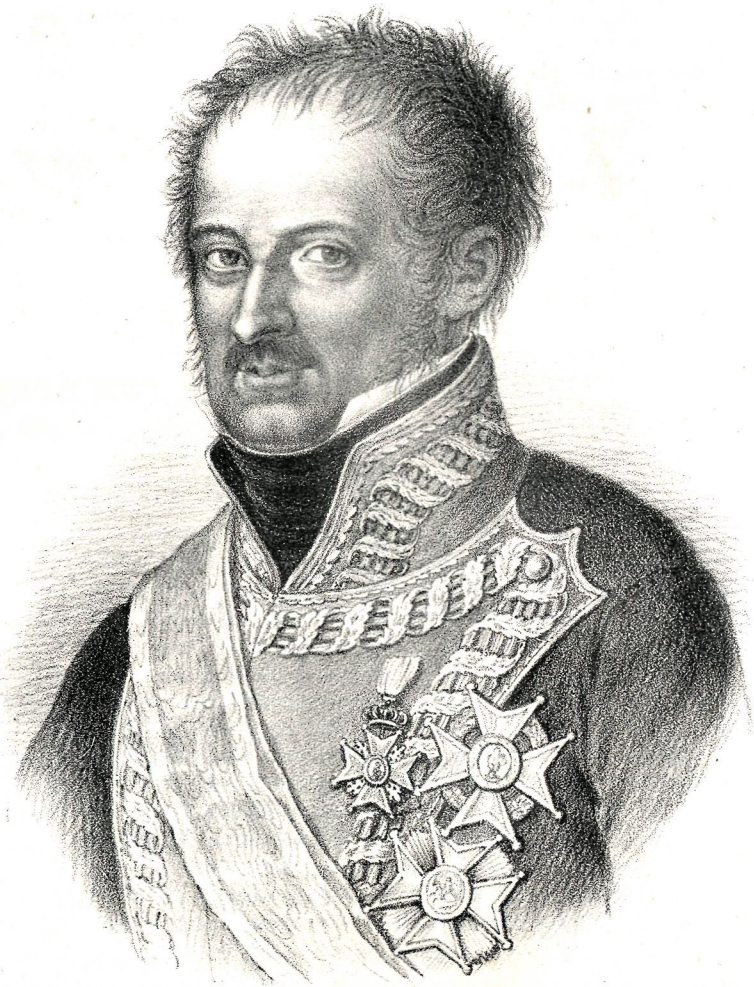
Los dispersos despues de esta accion fueron reuniéndose poco á poco en los muros de Tarragona. A esta ciudad habia acudido tambien Vives despues de la nueva derrota. Malquisto de las tropas y del pueblo, alzóse de todas partes contra él un grito de reprobacion universal, acusándole unos de imperito, y otros de desleal y de traidor. Arrestado con este motivo, pudo Vives tenerse por feliz en libertarse de una muerte cierta, haciendo dejacion del mando, que fué transferido á Reding. Este general, querido de todos por habérsele considerado siempre como el principal vencedor de las huestes de Dupont en Bailen, tenia entonces con su nombradía la fuerza moral necesaria para restablecer la disciplina que el soldado habia perdido, y para hacerse respetar del pueblo, muy alterado en aquellas circunstancias, y espuesto á vengar sus desgracias en los que reputaba enemigos de la causa que el pais defendia. Asi sucedió en Lérida, donde habiendo las autoridades introducido el 1.° de enero varios prisioneros franceses, dieron lugar, haciéndolo de dia, á que exasperado á su vista el irritado vecindario, forzasen los mas alborotados el castillo en que aquellos estaban, dando muerte á algunos de ellos, junto con cuatro ó cinco españoles tachados de infidentes, entre ellos el oidor de la audiencia de Barcelona D. Manuel Fortuny y su esposa. Tres dias duró el alboroto con aquel motivo ocurrido, y mas durára aun si Reding no hubiera enviado la fuerza organizada suficiente para, en union con las exhortaciones de personas bien quistas del público, refrenar tan horrible anarquía. Restablecióse el órden con esto, siendo mas adelante castigados los principales promovedores de aquella sedicion popular. Por lo demas, si se esceptúa á Lérida, ninguna otra poblacion de Cataluña pasó entonces á vias de hecho en ese sentido, habiéndose limitado el desórden en el mismo Tarragona á deponer del mando á Vives, quedando tranquilos los ánimos con ver en su puesto á Reding.

Escarmentado este con las consecuencias que al ejército habia traido un ardor mas loable que juicioso, dedicóse con calma á completar el mal parado cuadro de sus tropas, empleando en su reorganizacion y aumento el mes de enero de 1809, sin empeñarse en acciones campales. La junta de Tarragona procuró por su parte asistirle con recursos de toda especie, desplegando en el desempeño de su mision una solicitud y un entusiasmo verdaderamente dignos de elogio. Los franceses, á pesar de sus recientes ventajas, no intentaban tampoco empresa alguna que los pudiera comprometer, ni se atrevian á mostrarse altaneros en un pais quebrado y montuoso, por el cual no podian transitar sin las mas esquisitas precauciones. La disolucion del ejército no habia traido consigo la de aquellas terribles partidas que tanto les daban que hacer, y mientras las partidas existiesen, vano era aspirar el enemigo á la posesion del pais en los términos que tanto anhelaba. Indicada la guerra de montaña por D. José Joaquin Marti como la mas oportuna en aquella tierra indomable, ajustóse Reding en un principio á tan sabia y prudente indicacion; pero el valor que le caracterizaba no podia transijir largo tiempo con un plan para él de inaccion y de insoportable reposo. A su tiempo veremos las tristes y funestas consecuencias de la alteracion de ese plan, tan oportunamente calculado.



PALAFOX.

CAPITULO XX.

ZARAGOZA SITIADA Y RENDIDA.

Despues de la batalla de Tudela habianse encerrado en Zaragoza el ejército de Aragon y los dispersos de los de Andalucía y Valencia. Estas fuerzas, unidas á las que ya existian en la ciudad, componian un total de 28 á 30,000 hombres, de los cuales era gente bisoña muy cerca de las dos terceras partes. Ocho ó diez mil vecinos armados, probados en los combates del primer sitio, eran un nuevo conjunto de guerreros, tan temibles á las huestes francesas como el mejor organizado ejército. Zaragoza asustaba con su nombre á los vencedores del mundo; pero aun no sabian el brio, el sobrenatural heroismo de que era capaz aquel pueblo.

Palafox conoció á no dudar que las águilas del imperio tardarian muy poco en mostrarse delante de la brava Zaragoza. La leccion recibida por las huestes francesas en el primer asedio habia sido demasiado dura, para que no trataran de vengar por todos los medios posibles tan vilipendioso desaire. El número de fuerzas sitiadoras y demas medios de vencer al pueblo que estaba confiado á su defensa, iban á triplicarse muy en breve. Palafox y ese pueblo sabian que su obligacion era ser tres veces mas heróicos y grandes que acaban de serlo anteriormente, cuando la imaginacion no concebia que se pudiera dar un *mas allá* en hechos de grandeza y heroismo.

Zaragoza era débil en junio bajo el punto de vista en que el arte considera las plazas militares: débil era tambien en diciembre bajo el mismo punto de vista, porque el arte no puede hacer milagros sin ciertas condiciones naturales. Palafox encargó á San Genis la fortificacion provisional que el tiempo y el apuro consentian. El castillo de la Aljafería quedó recompuesto algun tanto, asegurando su co-

municacion con la plaza por medio de una doble caponera; y desde el Portillo hasta Sancho levantáronse baterías y otras obras construidas de priesa. Un terraplen revestido de piedra con un foso de quince pies de profundidad defendia la ciudad desde el convento de Capuchinos descalzos hasta el puente del Huerva, constituyendo parte del tal terraplen tanto el expresado convento como el de Capuchinos calzados, formando dos á modo de baluartes que flanqueaban esa larga línea. El puente del Huerva tenia un reducto con foso, defendida su contra-escarpa por varias galerías de minas, estendiéndose desde allí un doble atrincheramiento hasta el convento de Santa Engracia, cuyas ruinas se habian reparado, convirtiéndole en ciudadela á su modo. Varias obras y baterías continuaban defendiendo á la ciudad desde Santa Engracia hasta el Ebro, sirviéndole tambien de proteccion, aunque no muy notable en verdad, el entonces menguado rio Huerva, no menos que el convento de San José, situado á su orilla derecha mas abajo de la Puerta Quemada; convento que hacía las veces de cabeza de puente, y que bastante bien fortificado, protejia las salidas de los defensores allende el mencionado riachuelo. En la colina de Monte Torrero, punto bastante lejano de la plaza para ser susceptible de defensa, habiase levantado un atrincheramiento, cuyo frente estaba cubierto por el canal imperial, existiendo sobre este una cabeza de puente con inclusas á la parte del camino de Madrid. Esto por lo que toca á la derecha de la siempre heróica ciudad.

El arrabal, situado á la izquierda, estaba defendido por varios reductos guarnecidos de cañones, tras los cuales aparecian los edificios aspillerados, con baterías y cortaduras en las calles. En el interior de la plaza todos los edificios principales, junto con sus numerosos conventos, eran otros tantos baluartes; y sus calles, cortadas tambien, ofrecian un aspecto imponente. Las casas se comunicaban unas con otras por boquerones hechos al efecto. Las puertas y ventanas cerradas ponian los techos domésticos al abrigo de un golpe de mano, no dando mas entrada á la luz que la que consentian las troneras, ventanas destinadas al fusil, que era lo que mas importaba. La tapia que circuye la ciudad estaba aspillerada tambien.

Débiles medios todos, harto débiles para llevar la resistencia á cabo, á faltar el valor sobrehumano que á los zaragozanos asistia.

Los árboles que en el primer sitio habia perdonado la segur, desaparecieron ahora del todo con las *torres* ó casas de campo que podian favorecer los ataques del enemigo. Las provisiones eran numerosas, y hasta puede decirse abundantes, en los mas necesarios artículos. Unas setenta piezas de cañon estaban preparadas á jugar, siendo una mitad solamente las de 16 para arriba. Los morteros sirvieron de muy poco, por carecer de proyectiles huecos. Pólvora almacenada no la habia sino en cantidad muy escasa, prefiriendo los habitantes fabricarla diariamente á ver repetido el estrago que produjo en el primer sitio la esplosion que dejamos referida en su correspondiente lugar.

Las miradas de los españoles estaban fijas sobre Zaragoza: sus recientes gloriosísimos hechos la habian convertido en objeto de la expectacion general.

Los franceses la miraban tambien, y segun indicaban las muestras, era con asombro y terror. Sus preparativos de guerra revelaban mas bien el proyecto de conquistar alguna monarquía, que no el de apoderarse seriamente de un pueblo que á los ojos de la ciencia no debia pensar sino en ceder una vez cercado que fuese por los vencedores del mundo.

Derrotados los nuestros en Tudela, dirijióse á Alagon el tercer cuerpo del ejército de Napoleon á las órdenes de Moncey, haciendo alto en aquella villa mientras le llegaban los refuerzos que necesitaba para proceder al asedio de la capital de Aragon. Temiendo el general enemigo la escasez que le habia de aflijir en materia de subsistencias si no las reunia en abundancia antes de dar comienzo á su empresa, estableció tambien en Alagon inmensos acopios de víveres, situando allí igualmente los hospitales del ejército. En tanto, deseoso de saber hasta qué

punto estaban prevenidos los zaragozanos, dispuso que una parte de sus tropas atacase el 1.° de diciembre los apostaderos de la Casa Blanca y algunos otros puntos inmediatos. Los nuestros, conducidos por Saint-March, segundo de Palafox, desalojaron á los enemigos, y estos retrogradaron á Alagon, desistiendo de nuevas tentativas hasta que mayores en número estuviesen mas seguros del éxito. Este respiro fué útil á los zaragozanos, los cuales aprovecharon la tregua, fortificando la poblacion en los términos que arriba se han dicho.

Los franceses por su parte aprovecharon con igual calor el forzoso retardo de su marcha. Los generales Dedon y Lacoste, nombrado el primero gefe de la artillería del sitio, y de los ingenieros el segundo, reunieron con rara actividad todo lo necesario á la empresa, haciendo consistir el material del ejército sitiador en 20,000 útiles, 100,000 sacos á tierra, 4,000 gabiones, 14,000 faginas, 60 piezas de sitio y un equipaje de puentes. Reunidas despues al tercer cuerpo del ejército francés las dos divisiones que formaban el cuerpo del mariscal Mortier, ascendió por de pronto el total de las fuerzas enemigas á muy cerca de 40,000 hombres, número mas que bastante para embestir á Zaragoza en las dos orillas del Ebro, y para comenzar los trabajos tan pronto como el francés se apoderase de los puestos avanzados de la plaza. Ambos cuerpos salieron de Alagon el dia 20 de diciembre, pasando el Ebro frente á Tauste la division de Gazan, y llegando por la tarde á Zuera y Villanueva, al mismo tiempo que la division de Suchet tomaba posicion en la orilla derecha del Ebro, á una legua de Zaragoza, haciendo retirar á los nuestros de los puntos avanzados que ocupaban. Moncey por su parte, conduciendo á los de su cuerpo por la orilla derecha del canal, situó una de sus tres divisiones en una llanura frente á las esclusas á la parte izquierda del Huerva, tomando posicion las otras dos en sitios ventajosos á la derecha de este mismo rio.

En esta disposicion, dispuso Moncey en la noche del 20 al 21 la construccion de una batería en una altura que dominaba la posicion de los nuestros en Monte Torrero, del cual, como que en poseerlo consistia por de pronto la primera necesidad del enemigo, deseaba este hacerse dueño. Atacados en la mañana del 21 los puestos de la Casa Blanca con enérgica resolucion, fueron de ella desalojados los nuestros, aunque no sin salvar la artillería. Buena Vista fué tomado tambien, merced á la superioridad de las fuerzas enemigas y á la desgracia de haberse volado, con la explosion de una granada, nuestro repuesto de municiones. Al propio tiempo era forzado por la caballería francesa el puente que cruza el canal, siendo ya con esto imposible tratar de sostenernos en Torrero. El general Saint-March, encargado de su defensa, hubo por lo tanto de retirarse con los 6,000 hombres que aproximadamente mandaba en aquel interesantísimo punto, y se replegó á Zaragoza. ¿Cómo obrar de otra manera, siendo cerca de 30,000 hombres los que venian á caer sobre él, ó amenazaban envolverle en la orilla derecha del Ebro?

Grave fué y de terribles consecuencias para Zaragoza la ocupacion de aquella altura; pero aun lo hubiera sido mas á haber los franceses podido atacar simultáneamente el arrabal en la orilla opuesta. Afortunadamente la embestida se verificó por la tarde, pudiendo los defensores acudir al sosten de aquel punto con mas desembarazo del que hubiera sido realizable por la mañana, distraida su atencion por ambos lados. La batalla no obstante fué terrible, y tal que se cuentan muy pocas susceptibles de entrar en parangon con aquella sangrienta jornada. Débiles eran nuestras baterías ante la temeridad sobrehumana con que las atacó el enemigo en número de 13,000 hombres, al mando del general Gazan; y sin embargo se estrelló ante ellas, dejando 3,000 muertos en el campo. El coronel D. Manuel de Velasco fué en aquella tarde gloriosa el que mas consiguió distinguirse con su serenidad y su valor, con su intelijencia y su genio, siendo promovido por Palafox al empleo de brigadier en el mismo lugar que fué teatro de su marcialidad y su denuedo. El héroe, rodeado de héroes, premiaba los esfuerzos del héroe ante el campamento enemigo, de héroes compuesto tambien.

A pesar de la rota terrible sufrida en el arrabal por las falanjes francesas, el ma-

BATALLA DEL ARRABAL.

riscal Moncey creyó del caso escribir á Palafox el dia siguiente, proponiéndole capitulacion, para evitar, á ejemplo de Madrid, las calamidades de un sitio y la ruina total de la ciudad. La respuesta del caudillo aragones, llena de dignidad y entereza, de heroismo y patriótica arrogancia, convenció al enemigo de lo inútil que era esperar de las negociaciones lo que solo á fuerza de sangre, de perseverancia y de brio le habia de ser dado conseguir; y asi determinó proceder al mas rigoroso bloqueo. El general Gazan tenia concluido el del arrabal el dia 23. Una de sus brigadas se estendia á la derecha del camino de Zuera, mientras la otra, á la izquierda, ocupaba con dos batallones el puente de Gállego en el camino de Barcelona; y como la naturaleza del terreno permitia al enemigo por aquella parte cubrir su frente con inundaciones, púsose con esto al abrigo de las salidas de los sitiados.

A la orilla opuesta del Ebro ocupó Suchet con su division el espacio comprendido entre la parte superior del rio y la llanura que termina el Huerva, situándose en esta con la suya el general Morlot, mientras el general de artillería Dedon se ocupaba en construir un puente de barcas en dicha parte superior del Ebro. La division Meusnier acampaba en las alturas de Torrero, y el resto de la línea de circunvalacion hasta la parte inferior del Ebro formábala la division Grandjean, enlazando su derecha con los puestos que el general Gazan ocupaba en la orilla izquierda.

De este modo quedaban la ciudad y el arrabal como herméticamente cerrados por aquellas inmensas falanjes.

Palafox, previendo este caso, habia hecho salir en la noche del 21 á su hermano D. Francisco, Ebro abajo, á fin de impulsar el armamento general de los pueblos de Aragon para la defensa comun, trayendo á la capital los auxilios que le fuera posible, auxilios que, como veremos despues, no pudieron verificarse. Otra de las medidas que debieron haberse adoptado con la anticipacion conveniente, era disminuir la guarnicion, mas numerosa de lo necesario para defender la ciudad, y obstáculo perenne al desembarazo de las operaciones, no menos que á la salubridad

y á la conservacion de subsistencias durante las angustias del sitio. Cuando empezó á tocarse el inconveniente de hacinar tantos individuos en recinto incapaz de contenerlos, no tenia remedio ya el mal, por estar la ciudad circunvalada en los términos que hemos dicho; y asi fué como en vez de ser un lauro para las falanjes francesas tenérselas que haber con un pueblo donde tanto abundaban los hombres, debieron por el contrario á esa misma circunstancia lo mas importante del éxito, siendo bien sabido y notorio que no fué el esfuerzo francés, sino la epidemia y el hambre los que decidieron la toma de aquella ciudad sin segunda; hambre que vino antes por ser tantos los que necesitaban comer; epidemia que fué consecuencia del escesivo número de gentes que la convidaban al pasto, hasta que casi le faltaron víctimas en que ejercitar su avidez.

Verificada la circunvalacion, propuso Lacoste á Moncey un plan general de embestida, reducido á dar tres ataques, uno contra la Aljafería, sin mas objeto que tener en alarma á los nuestros por aquel lado, que era el mas fuerte de la plaza; otro contra el reducto del Pilar junto al puente del Huerva, frente á la puerta de Santa Engracia; y otro contra el convento fortificado de San José, que era el punto mas débil, y que por su situacion ofrecia á los franceses oportunidad de enlazar su ataque con el del arrabal, si el general encargado de los trabajos á la orilla izquierda del Ebro era afortunado en su empresa. Moncey aprobó el plan propuesto, y hallándose todo en disposicion de proceder á abrir las paralelas y trincheras, comenzaron los trabajos para ello en la noche del 29 al 30 de diciembre. Los sitiados procuraron embarazar los trabajos del enemigo con audaces y repetidas salidas sostenidas por el fuego de la plaza, mereciendo entre ellas particular mencion la del 31 de diciembre, asi como la del 25 del mismo mes por la parte del arrabal, en la cual consiguieron los nuestros, acaudillados por Don Juan O-Neylle, segundo de Palafox, desalojar á los franceses del soto nominado de Mezquita; pero nada se pudo conseguir. El enemigo concluyó sus obras en toda la estension de la línea la tarde del 9 de enero, quedando montada su artillería y en disposicion de romper el fuego contra los fuertes y la ciudad. En el intervalo de tiempo transcurrido durante aquellos trabajos, fué Moncey reemplazado por Junot, que tomó el mando en gefe. Mortier partió para Calatayud con la division de Suchet, á fin de tener expedita la comunicacion con Madrid, y este incidente disminuyó de 9000 hombres las fuerzas de los sitiadores, aunque fueron reemplazadas muy pronto con las tropas que continuaban viniendo de Navarra.

El 10 de enero, á las seis y media de la mañana, dió principio el terrible bombardeo, batiendo los franceses la ciudad con mas de 100 piezas de grueso calibre. A la misma hora rompió el fuego contra el reducto del Pilar y convento de San José, obrando sobre este dos baterías de ocho cañones y obuses, otra batería de brecha con cuatro piezas de á 24, y otra de 4 morteros; mientras aquel se via combatido por otras cuatro baterías, en las cuales jugaban 4 piezas de á 24, 4 morteros, 5 piezas de á 12 y 3 obuses. Artillería mas que suficiente para pulverizar ambos puntos, el de San José sobre todo, edificio compuesto de paredes debilísimas, sin muro terraplenado á su espalda. Heróica fué no obstante la defensa, y tal que se cuentan muy pocas, en los fastos militares, que le puedan ser comparadas.

Mandaba en San José Renovales, aquel bravo de quien tan señalada mencion hemos hecho hablando del primer sitio. Los Guardias españolas y walonas, el regimiento de Suizos de Aragon, el de cazadores de Valencia, el batallon de voluntarios de Huesca y los milicianos de Soria hicieron aquel dia prodijios; ¿mas de qué servia el valor en posicion de suyo insostenible? A las doce del dia estaba ya abierta la brecha, y del todo echado por tierra nuestro frente de la izquierda; y sin embargo, y á pesar de escudarse el enemigo con las ruinas, seguian aquellos valientes cubriéndose de gloria en los escombros. A la una y media de la tarde estaba derribada del todo nuestra cortina de la izquierda, y á las cuatro no habia ya en pié una sola de nuestras baterías. La mortandad de los españoles era horrible en

aquella sazon, puesto que los artilleros tenian que hacer sus disparos á pecho descubierto. Renovales los hizo retirar, esperando poder recomponer las baterías por la noche, reduciéndose entretanto á contener al enemigo con solo la fusilería. Los franceses á media noche trataron de ocupar el convento; pero no lo pudieron conseguir, viéndose precisados á cubrirse en sus trincheras despues de dos horas de fuego. Renovales en tanto conoció que era ya absolutamente imposible recomponer sus baterías, y aprovechó las sombras de la noche para retirar los cañones, quedándose con solo un obus y dos piezas. Roto de nuevo el fuego al amanecer del dia 11, quedó en breve arrasado enteramente cuanto del edificio quedaba; y los nuestros siguieron no obstante defendiéndose con tenacidad hasta mas de las cuatro de la tarde, á cuya hora fué preciso abandonar del todo el reducto, despues de retirar sus efectos, entre ellos 300 balas, bombas y granadas de las que el francés habia lanzado y no habian podido reventar. En el asalto, verificado por los franceses con la solemnidad que se emplea para tomar las plazas de primer órden, perdimos 100 prisioneros, que no pudieron retirarse á la ciudad en sazon oportuna.

La defensa del reducto del Pilar rayó en portentosa tambien. Componíase esta obra de cuatro frentes, de los cuales no estaba flanqueado el perpendicular al camino que conduce á Monte Torrero. Su foso, hecho á pico, tenia diez pies de profundidad, y el ámbito total del reducto era de unas cincuenta toesas. Las cuatro baterías francesas que enfilaban y batian este punto por sus cuatro costados, no distaban de él sino 40 toesas la que mas, y bien puede inferirse con esto lo espantoso y terrible que seria el fuego que lanzaban sobre él los diez y seis entre cañones y obuses, destinados á echarlo por tierra. «Jamas, dice un testigo presencial, el coronel D. Fernando Marin, se habia visto tan impetuoso y formidable ataque, ni espectáculo mas horroroso que el que presentaba este lugar de carnicería y desolacion, ni nunca la historia militar de las grandes edades habia dado ejemplos mas sublimes y grandiosos de valor, intrepidez y heroismo, que los que se repitieron en aquel mortífero recinto..... Desde el primer dia de aquel fuego volcánico (10 de enero) la mayor parte de la artillería del reducto quedó desmontada, las cureñas inservibles, los merlones deshechos, el foso cegado en gran parte, desmoronados los parapetos, y con 18 toesas de brecha abierta, las 6 practicables. Las ruinas y el ramage cortado por la bala rasa y las granadas de los árboles inmediatos, las astillas, los escombros y los miembros de la multitud de cadáveres diseminados por todo el centro del fuerte, obstruian las comunicaciones y entorpecian los movimientos: balsas de sangre cubrian la superficie..... Al dia inmediato, luego que amaneció, redobló el enemigo con mas teson el fuego devorador de todas sus baterías contra el reducto. Una granada enfiló en la banqueta del parapeto á once soldados del segundo batallon de Voluntarios de Aragon, que guarnecian el lienzo derecho, y á quienes destrozó haciéndolos pedazos. La bala de cañon, las granadas de mano, la metralla y la fusilería enemiga arrasaban y destruian cuanto se les oponia: de nada servian los débiles muros del reducto: todo venia á tierra; y ya no habia mas defensa que los desnudos y robustos pechos de los defensores. Cinco veces repitieron los enemigos el asalto, y otras tantas fueron rechazados y arrojados con gran pérdida. Se contaban de 15 á 20 oficiales entre heridos y muertos, y todo el ámbito del fuerte lleno de cadáveres hacinados. Se hicieron prodigios de valor, y la inexorable parca parecia haber fijado allí su imperio..... El ardor y entusiasmo de los bravos defensores del reducto los condujo en aquella terrible tarde hasta el estremo de desafiar y escarnecer al enemigo provocándole con bandera roja, que se enarboló sobre el parapeto de su frente; siendo imponderable el valor y firmeza con que sostuvieron y repelieron los redoblados ataques de las columnas enemigas, y la impávida serenidad con que despreciando su vivísimo fuego las obligaron á huir desalentadas y con una pérdida inmensa, por las repetidas y bien acertadas cargas de nuestras valientes tropas, que como leones se arrojaban sobre aquellos formidables veteranos que aca-